

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI

← BARCELONA 17 DE OCTUBRE DE 1887 →

NUM. 303

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CONFIDENCIA, cuadro de M. Ebersberger



## SUMARIO

TEXTO. — *La boda* (conclusión), por don Antonio de Valbuena. — *Oro escondido*, por don José de Siles. — *El primer amigo*, por don Carlos Luis de Cuenca. — *Física sin aparatos*.

GRABADOS. — *La Confidencia*, cuadro de M. Ebersberger. — *Muerte de Lucano*, cuadro de J. Garnelo. — *La Favorita*, cuadro de Conrado Kiesel. — *¡A los toros!* cuadro de Ramón Casas. — *Pobrecita*, composición de Jacquet, dibujo de Lalauze. — *Rosas*, composición de H. Lengo. — *La casa de la liebre*, cuadro de C. Sellmer. — *Física sin aparatos*. — *Suplemento artístico: Interior de una casa escocesa*. *Música de los highlanders*, cuadro de Landseer.

## NUESTROS GRABADOS

## LA CONFIDENCIA, cuadro de M. Ebersberger

Si es un mérito, en bellas artes como en literatura, decir mucho ó expresar mucho con el menor número de palabras ó de personajes, sin duda el cuadro que reproducimos tiene ese mérito. Su asunto no puede ser más transparente: una noble doncella se ha enamorado sin permiso de sus padres, quizás á despecho de éstos. La pena la agobia; porque todas las penas que se devoran en secreto, producen el efecto de anonadar al que las experimenta. Como el vapor necesita de la válvula para no convertirse de elemento de vida en elemento de destrucción, la tierna doncella ha de desahogarse en el seno de algún amigo; pero en los castillos feudales los amigos verdaderos escasean, y mucho más los amigos que comprendan á las almas enamoradas. Únicamente el sacerdote, el ministro de un Dios todo amor, puede recibir sin enojo y sin escándalo la confidencia de la noble doncella. Y la confidencia tiene lugar; y he aquí el asunto del cuadro de Ebersberger.

La composición no puede ser más sobria ni más expresiva. La doncella ha confesado su falta y no se siente con valor para mirar al rostro de su confidente; éste contempla á la joven con ojos compasivos; en nombre de Dios la ha perdonado; falta saber si sus padres serán tan misericordiosos como Dios.

## MUERTE DE LUCANO, cuadro de J. Garnelo

El gran poeta latino Marco Annæo Lucano es una de las glorias españolas. Córdoba fué su patria y su nacimiento tuvo lugar el año 38 de la era cristiana. Fué su padre el caballero Annæo Mela, que gozaba gran reputación y valimiento en la corte de los emperadores romanos, valimiento que había de causar la desgracia de su hijo. Fué éste educado en Roma y en Atenas, y sus propios merecimientos, al par que la prianza de su padre, le granjearon la amistad de Nerón; amistad temible, porque es raro que quien se duerme en el seno de un tigre, no amanezca despedazado.

Lucano era poeta, en toda la extensión de la palabra, y Nerón pretendía serlo; porque Nerón pretendía serlo todo, incluso Dios. Quiso el emperador disputar á su amigo el premio que debía adjudicarse á una composición sobre la fábula de Orfeo, y el poeta alcanzó el laurel disputado por el César. A Nerón no se le ofendía impunemente en cuestiones de amor propio: rival de su amigo, formó la resolución de perderle á todo trance. La ocasión no tardó en presentarse: las crueldades injustificadas del emperador eran ocasión de frecuentes conspiraciones contra su persona. Lucano, entusiasta de la libertad y de la antigua fiera romana, entró en tratos con los enemigos del César; la trama fué descubierta y Lucano condenado á muerte. La única gracia que le hizo su amigo el emperador, fué dejarle escoger el género de muerte: el gran poeta resolvió dejarse desangrar en un baño de agua tibia, por haber sido testigo, en diferentes ocasiones, de que la agonía revestía en tales casos la forma de un sueño pertinaz, pero dulce. Lucano murió recitando una composición suya á propósito de un soldado condenado al mismo suplicio. Tenía Lucano, á la sazón, 27 años.

La muerte del poeta es el asunto, verdaderamente pictórico, representado en el cuadro que reproducimos; tratado con una sobriedad y hasta clasicismo de forma que, si bien recuerda algún lienzo célebre de análogo argumento, no ha impedido que su autor fuese premiado justamente en la última Exposición madrileña.

## LA FAVORITA, cuadro de Conrado Kiesel

Una manifestación más del sempiterno tema oriental; pero en honor á la verdad sea dicho, si todos tratasen el Oriente como Kiesel, podría perdonárseles la falta de inventiva, en gracia de la ejecución. Se han pintado de poco tiempo á esta parte muchas odaliscas, muchas mujeres del harém, muchas favoritas; pero como la de Kiesel muy pocas. Es una niña, una niña candorosa aún, una ave aprisionada que no se ha apercibido de los hierros de su jaula porque todavía goza en las flores que la ocultan y los hermosos pájaros que la visitan. A la mujer del serrallo se la pinta generalmente, y no sin motivo, presa del abatimiento, aburrída por la monotonía de su existencia, hastiada de la magnificencia que la rodea. La favorita de Kiesel no ha tenido tiempo de fastidiarse todavía; la flor conserva aún toda su frescura, toda su lozanía; estamos por decir que conserva aún toda su inocencia.

Tan notable cuadro merecía ser grabado por un artista que no desmereciera sus bellezas, y por cierto que Weber ha desempeñado su tarea con una habilidad que formaría su reputación, si no la tuviera ya tan sólidamente sentada y reconocida.

## ¡A LOS TOROS! cuadro de Ramón Casas

Hará unos dos años, los visitantes de la Exposición Parés se detenían á la vista de un cuadro de pequeñas dimensiones, cuyo asunto era un circo taurino. La escena era completamente animada; el público apiñado se agitaba á impulsos del vértigo que se apodera de los taurófilos en el momento de la lidia; reinaba en la composición un completo desorden, efecto del desorden individual de millares de espectadores. El visitante se aproximaba á ese cuadro, para examinarlo de más cerca, y ¡oh asombro! el cuadro no existía; sobre el lienzo veíanse solamente pequeñas manchas encarnadas, verdes, amarillas, negras, azules, manchas de todos colores; pero ni un solo contorno, ni una figura, ni el menor dibujo: un *totum revolutum* de manchas que, vistas á la conveniente distancia, producían el efecto de una composición perfectamente detallada. La sorpresa, no el desencanto, excitaba la curiosidad del público. ¿Quién era el autor? El autor era un joven, apenas un joven, Ramón Casas, completamente desconocido de los cultivadores y de los simples amantes del arte. La famosa actriz francesa, Mme. Judic, compró el cuadro. Aquella amalgama de manchas revelaba la intuición de la forma, del color y de la luz. Al mismo Casas pertenece el cuadro que hoy reproducimos, que da perfecta idea de la plaza de toros de Madrid, unos momentos antes de empezar la corrida. Hemos de advertir que hasta ahora, Casas siente decidida predilección por el *espectáculo nacional*. ¡Es una verdadera lástima!

Inició en el arte nuestro malogrado Vicens, cuya reciente muerte lora la escuela de Barcelona, de la cual fué tan modesto como ilustre profesor; y durante algún tiempo frecuentó el taller del distinguido pintor parisiés Carlos Durand. Casas no necesitaba ser pintor para tener asegurada una regular posición social. Esto constituye una

ventaja evidente; pero su á vez impone obligaciones extraordinarias. Por lo mismo que puede cumplirlas, estaremos en nuestro derecho exigiéndole mucho estudio, mucha observación y mucho empeño en dominar á la *loca de la casa*. Quien empieza como él ha empezado, ha de llegar á donde sólo llegan los elegidos.

## POBRECITA

composición de Jacquet; dibujo de Lalauze

Todo contribuye á hacerla desgraciada; su juventud, su orfandad, su miseria, hasta los restos de su belleza que la exponen á más de una tentación y á más de un insulto. Es una figura perfectamente estudiada y más perfectamente sentida. El pensamiento, en tales casos, es comunicativo; y al contemplar á esa joven, no hay quien, entre compasivo y receloso, deje de exclamar:

— ¡Pobrecita!... ¡Dios guíe sus pasos!...

## ROSAS, composición de H. Lengo

Un capricho del caprichoso artista, tan delicado como todos los suyos. Probablemente esas tres cabezas de niño deben ser retratos. En tal caso, la manera de presentarlos es ingeniosa y poética. Los niños son también rosas en el jardín humano, y como tales rosas producen sus espinas. Algunas veces estas espinas se clavan en el corazón de los padres: la muerte no retrocede ni ante la poca edad, ni ante la mucha inocencia. En la composición de Lengo, las rosas están algo marchitas. Sus pálidos colores, sus hojas arrugadas, ¡son triste alegoría de la efímera existencia de esos niños!

## LA CAZA DE LA LIEBRE, cuadro de C. Sellmer

Si el autor de este lienzo no diera pruebas en él de ser un cazador consumado y, por consiguiente, aficionado á los ejercicios cinegéticos, diríamos que este cuadro está pintado con la generosa idea de hacer simpáticas á las pobres liebres. ¡Quién sabe!... Tal vez la pareja tumbada patas arriba por la crueldad de dos cazadores, eran un marido amante de su mujer y una mujer apasionada por su marido, circunstancia que no concurre en los cazadores tan á menudo, quizás, como en las liebres; tal vez eran una madre viuda y una joven huérfana á quienes el rigor del invierno obligaba á emigrar de su patria sin más avío ni equipaje que lo puesto... Nemrod, al menos, se las había con las fieras; pero las liebres ¿qué daño han causado á los hombres para que se las asesine sin compasión y se las dé sepultura en un pastel, que no siempre encierra lo que el *menu* expresa?

La vista de este cuadro nos inspiraría muy elevadas consideraciones del orden social... si no fuéramos tan amantes de la liebre con salsa de chocolate.

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

## INTERIOR DE UNA CASA ESCOCESA

Música de los Highlanders, cuadro de Landseer

Llámase Highlanders á los habitantes de las montañas de Escocia, hijos de la verde Erin, tan poetizados por su paisano, el inmortal autor de *Ivanhoe* y de *Quintín Durward*. El highlander vive alejado del mundo, consagrado á la guarda de sus ganados y al cuidado de los perros, no mucho menos civilizados que él, que son sus ayudantes en la solitaria empresa que pacífica y resignadamente se ha impuesto.

Para alegrar algo su soledad, el highlander cultiva espontáneamente la música, y toca la gaita, no porque otro se lo haya enseñado, sino porque la ha visto tocar á otros. El efecto de ese instrumento es poderoso en las montañas de Escocia: al percibir sus sonidos, hierve en las venas la sangre nacional: los cantos montañeses que la gaita recuerda ó acompaña, son el más eficaz remedio para curar la nostalgia que produce la ausencia de la patria. Esto explica la especialidad de las bandas de música de los regimientos de highlanders, que forman la mejor parte del ejército de la Gran Bretaña. Hijos estos soldados de las montañas de Escocia, ningunos otros les aventajan en bravura y fidelidad; pero á condición de que han de vestir el traje de su país y han de ser precedidos por las tocatas de sus instrumentos populares. Las montañas de Escocia no han cambiado de sitio; pero aun menos parecen haber cambiado sus hijos. La petrificación ha sido completa en estos y en aquellas.

## LA BODA

## II

A más de los tiros, y como si su estruendo no fuera bastante para aturdir á la novia y al novio y aun á los convidados, tocaban los mozos un tambor que producía un ruido desagradable, si se quiere, y aun sin quererlo, pero muy alegre, con esa alegría que se desborda.

Y como si todo esto fuera poco, las mozas, divididas en dos coros, en el tono especial de cantar á bodas, algo monótono pero alegre también, nos atronaban los oídos á cantares.

Estos cantares de bodas tienen, además del tono, estructura especial, combinación métrica distinta de todos los otros. Comienzan siempre por un pareado, después se repite el primer verso y se canta como segundo otro que suele ser un ripio: se repite luego como tercer verso el que fué segundo del pareado y se canta el cuarto concertado con el segundo.

Véanse para muestra un par de cantares, de esos que invariablemente se cantan al llegar á la puerta de la iglesia:

Ya que diste la palabra  
Ahora vienes á afirmarla.  
Ya que diste la palabra,  
La del escogido velo,  
Ahora vienes á afirmarla  
Delante del Rey del cielo.

Si el párroco ó el sacerdote que haga sus veces tarda un poco en salir al pórtico, que es donde se celebra el matrimonio, es de rigor que se cante este cantar que sigue:

Salga, señor cura, salga,  
Que está la niña en aguarda.  
Salga, señor cura, salga,  
El del vestido de negro,  
Que está la niña en aguarda  
Y también el caballero.

Algunas veces el segundo verso, ó dígase el cuarto contenido las repeticiones, no es un ripio como en los dos anteriores ejemplos, sino parte integrante del pensamiento desenvuelto en la copla. Verbigracia:

Como el agua cristalina  
Tiene la cara la niña.  
Como el agua cristalina,  
Que corre de losa en losa,  
Tiene la cara la niña,  
Y un poquito más hermosa.

A la conclusión de cada cantar suenan escalonados tres ó cuatro tiros.

Precedido del sacristán que enarbolaba la cruz parroquial y acompañado de dos acólitos, portadores uno del ritual y otro del caldero del agua bendita, salió el señor cura, y reinó el silencio. Callaron las mozas y las escopetas y el tambor y nos quedamos como en la gloria.

El sacerdote comenzó á leer á los novios lo que los revisteros y los novelistas suelen llamar la epístola de San Pablo, porque no suelen saber lo que dicen, pues no es tal epístola, sino una exhortación adoptada por la Iglesia como preparatoria del sacramento. Cuando llegó á lo esencial de este, á pedir el consentimiento á los contrayentes, después de haberles preguntado á éstos y á los circunstantes, hasta por segunda y tercera vez, si tenían noticia de que existiera algún impedimento, cuando preguntó á Catalina si quería á Isidoro por su legítimo esposo y marido, Catalina contestó con un *si quiero* casi imperceptible.

— Más alto, un poco más alto, — dijo el sacerdote: y la muchacha repitió las dos palabras esforzando un poco la voz y dejando correr al mismo tiempo por sus mejillas dos cristalinas lágrimas. Estaba asustada de veras.

Siguió la bendición de los anillos y de las arras, que eran trece ochentinas, y á pesar de lo grave del caso se sonrió un poco la gente al ver que Isidoro, emocionado y tembloroso también, no acertaba á poner el anillo en el dedo de la novia.

La última palabra del sacerdote al concluir el desposorio fué ahogada por una descarga de las escopetas, que querían, al parecer, desquitarse del tiempo que habían estado calladas.

Entramos todos en la iglesia y comenzó la misa de velación en la que habían de comulgar los novios, piadosa y buena costumbre que en la montaña se observa con tanto rigor como si fuera de necesidad para la validez del sacramento.

Cerca de las gradas había un felpo para que se arrodillaran sobre él los novios: el padrino y la madrina se quedaron un poco más atrás, en segundo término. El coro empezó á oficiar la misa.

Era la primera vez que yo había entrado en la iglesia de Los Espejos, que, comparada con la de Pedrosa, me parecía extraordinariamente pequeña. Después la he vuelto á ver muchísimas veces, porque es bellísima. Tiene un retablo gótico con hermosas pinturas en tabla encerradas entre repisas y doseletes primorosamente afiligranados.

La lástima es que se está cayendo á pedazos, comido del corono; pero no he visto nada en su género de mérito igual, pues ni aun puede compararse el retablo de la catedral de Oviedo tan celebrado.

¿Cómo está aquella joya escondida en una iglesia microscópica de un pueblo microscópico también y olvidado en lo más escabroso de la montaña?

Es tradición antigua, confirmada por no despreciables documentos, que aquella iglesia la edificó la reina doña Constanza, viuda de Fernando IV el Emplazado, que pasó los últimos años de su vida en aquella montaña (la cual por eso aun hoy se llama *Tierra de la Reina*) y está enterrada en la misma iglesia al lado de la epístola, donde en efecto hay un sepulcro gótico con estatua yacente. Los historiadores suelen decir que esta reina murió y está enterrada en Sahagún, distante de aquí trece leguas, mas no tiene nada de particular que confundan el pueblo de Sahagún con la comarca de la cual era Sahagún en la edad media por su célebre monasterio, la población más importante.

Pero lo más importante de este relato son los novios, y los tenemos olvidados.

En este momento salen de la iglesia y son recibidos con nuevas salvas y nuevos cantares.

Los dos coros de mozas se han convertido en cuatro, y entre todos comienzan una lluvia de flores de que no se libra ni el señor cura.

Del cual la dicen á la novia:

El cura que te ha casado  
Merecía un obispado.  
El cura que te ha casado,  
El de la ropa de seda,  
Merecía un obispado,  
Por su virtud y su ciencia.

Las de Salio, convidadas por parte del novio, formaban coro á parte, y un tanto atufadas de que las de Los Espejos cantaran tantas divindades de la novia, comenzaron á alabar al novio como en competencia. A un cantar de las de Los Espejos que comenzaba con estos versos:

Bien educada la llevas,  
Da de agradecido pruebas...

Contestaron las de Salio con otro que empezaba así:

Si la novia está educada,  
Al novio no le ganaba.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



MUERTE DE LUCANO, cuadro de José Garnelo.—(Medalla de segunda clase)

Insistían las de Los Espejos cantando:

Estímalas caballero,  
Que otro la pidió primero,  
Estímalas caballero,  
Bien la puedes estimar,  
Que otro la pidió primero  
Y no se la quison (1) dar

Y contestaban las de Salio:

Si otro la pidió primero,  
Quieta se estuvo en el priego... etc.

Y así de una en otra, sin las amonestaciones pacíficas de personas formales, seguramente hubieran concluido por irse al pelo.

Llegada la comitiva á casa de la novia, ésta se quitó la mantilla, se puso á la cabeza un pañuelo blanco de Toledo atado abajo y salió con la madrina á dar el bollo.

Esta ceremonia, que en ninguna boda puede faltar, es un obsequio á las mozas que cantan y á los mozos que tiran tiros sin estar brindados á la boda, y á los rapaces y á todo el que se acerca; es un convite público.

La novia, acompañada de la madrina, sale al antojano de su casa con una azafate de blancas mimbres llena de zoquetes de torta amasada con leche y manteca y rociada por arriba con azúcar; el público se forma en corro en la antepuerta, y la novia va pasando y presentando la azafate de donde cada cual va cogiendo un trozo de torta diciendo al mismo tiempo á la donante: ¡que sea en hora buena! ¡que sea para servir á Dios! ¡que sea por muchos años!... Detrás de la novia va un muchacho con dos cortadillos en una bandeja de hojalata pintada de rosa y verde escanciando vino. El primero que bebe dice: ¡Jesús! Porque Dios les haga muy felices en esta vida y en la otra! Y los demás van diciendo cuando les llega el turno: ¡Jesús! ¡Por lo dicho!

Mientras á la puerta se daba este convite al público, los que éramos de boda tomábamos dentro de casa un tente en pie, y luego los hombres nos íbamos á jugar los bolos, diversión favorita del país en la que al paso que se luce la habilidad se hace moderado ejercicio.

Dos horas después nos hallábamos sentados á la mesa formando á cabecera el señor cura, á su derecha la novia y el novio, á su izquierda la madrina y el padrino y luego los demás convidados. La comida comenzó por el mismo plato que en todas las bodas, por manteca batida, que es lo que en Madrid se conoce con el nombre de mantequilla de Soria, sólo que allí no se servía en cajas de madera, sino en fuentes de loza.

Después nos sirvieron la sopa, suculentos cocidos de garbanzos y fréjoles en tabla; después, á parte, la clásica morcilla, luego estofado, luego truchas, fritas y cocidas, para todos los gustos, luego asados de carnero y de ave, sin que faltaran á los postres el arroz con leche, las nati-

llas y las mantecadas, especialidad del país. Así se come en las bodas de los pobres.

Lo malo del caso era que los coros de canto no quisieron dejarnos en paz ni aun en la comida, y á lo mejor salían cantando en alabanza de este plato ó del otro. Al servir la sopa, que tenía ramitos de perejil por encima, cantaban:

Aunque ya ha pasado abril,  
No se secó el perejil, etc.

Al estofado le decían:

Qué bueno está este carnero...  
Mejor aquí que paciendo, etc.

Toda la comida fué cantada.

El señor cura, que al empezar había bendecido la mesa, dió gracias á Dios al concluir, rezando luego á coro con los convidados varios Padrenuestros por las obligaciones difuntas y por la felicidad de los novios, concluyendo la oración con el consabido: ¡Dios le pague la buena obra! y las exclamaciones de: ¡Dios les haga buenos casados! ¡Muchos años vivan! etc., etc.

Mientras las personas mayores se acostaron á dormir la siesta, los jóvenes nos volvimos á la bolera, los novios se fueron á visitar á una tía de Catalina que estaba enferma y no había podido asistir, y á despedirse de ella porque aquella misma tarde había que emprender la marcha para Salio, donde se había de celebrar á otro día la tornaboda.

Por eso los hermanos de Catalina bajo la dirección de su madre comenzaron á cargarla el carro.

El carro de la novia, cosa muy principal en estas bodas, le constituyen los enseres apuntados en la carta dotal, los que á la novia la dan sus padres para empezar á poner casa. Y realmente estos enseres se cargan en un carro para trasladarlos aquel mismo día á la nueva vivienda, ya esté en el mismo pueblo, ya en otro cercano.

Y ponen gran esmero los parientes de la novia, no solamente en que los enseres sean buenos y, por supuesto, nuevos flamantes, sino en colocarlos de la manera que más luzcan y parezcan mejor, pues también aquí entra la estética. Todo esto amén de engalar el carro con cintas y poner á los bueyes que han de llevarle esquilones con collares de piel de tejón, que son el mayor lujo en la materia.

Lo primero que se coloca en el cuerpo del carro es el arca, una arca terciada, es decir, ni muy grande ni muy chica, hecha ad hoc, dentro de la cual va la ropa de vestir de la novia. Sobre el arca va un jergón nuevo sin llenar, unas almohadas, una manta casera y una colcha valenciana ó un cobertor teñido, y encima un taburete y otros varios títeres.

Delante del arca, en la delantera del carro, va un escreño nuevo, boca abajo, y encima, espetada en el centro del hondón, la rueca con su cerro recién enrocado y empezado á hilar y el huso colgando, y sobre el cerro el ro-

quero nuevo de hule pintado, todo en señal de que la muchacha es hacendosa, y en reverencia de lo que dice la Sagrada Escritura de la mujer fuerte, *quæ sivit linum et lanam...* etc.

A la trasera del carro va una caldera mediana nuevecita, de uno de los estadonjos cuelgan unas trébedes, á los lados del arca van dos morillos, y por debajo de la caldera asoman los mangos el cazo y la sartén, pendiente de los otros estadonjos una alforja blanca y dos cestos pequeños.

En tanto se había armado baile, en el que á menudo se oía el grito, ¡vivan los novios!

Catalina se había quitado para bailar la basquiña de cúbica y el jubón de alepín, luciendo en lugar de este último una chambrá de percal blanco con flores encarnadas y en vez de la basquiña un manteo de sempiterna verde con dos terciopelos estrechos y una tirana de percal francés ancha y vistosa.

Suspendióse el baile á las cinco y se volvió la novia á vestir de gala. Estaba ya cargado el carro y uncidos los bueyes y á caballo casi toda la comitiva. Ya no faltaba más que Catalina que se estaba despidiendo de su madre entre lágrimas y suspiros y abrazos y besos.

Para no quebrantar la costumbre de las bodas modestas, la novia debía ir á las ancas con el novio; pero resultó que Isidoro había ido montado en una yegua de pastores medio cerril que no sufría ancas, y la pobre Catalina se tuvo que bajar más que aprisa, apenas la habían puesto sobre la almohada guarnecida de encaje, que era la misma en que se había arrodillado por la mañana para que su padre la bendijera.

En semejante conflicto de última hora, visto estaba lo que había de suceder: el buen Isidoro pedía humilde pero confiadamente al señorito que le dejara su caballo, y ¿cómo me había yo de negar, consintiendo en que se deshiciera la fiesta? En el acto se cambiaron las monturas, yo monté en la yegua medio cerril, muy contento por la doble ocasión de hacer un favor á Isidoro y de hacer de jinete, y los novios se instalaron cómodamente sobre mi caballo, al cual no le debió hacer mucha gracia el cambio de las cuatro arrobos y media que yo pesaba entonces por las diez bien cumplidas que pesaría la feliz pareja. Quizá reflexionara el pobre animal allá para sí sobre lo bueno que es no sufrir ancas.

Inmediatamente nos pusimos en marcha; pero bien pronto hubimos de suspenderla, porque á la salida misma de Los Espejos nos esperaba la justicia del pueblo, no para meternos presos ni para causarnos ninguna molestia, sino para lo que se llama *despedir las bodas*, para dar á la novia y darnos á todos los acompañantes el convite oficial de despedida.

La justicia se componía del alcalde pedáneo, el procurador, dos mesegueros y dos vedores, armados éstos de una bota de vino que nos habían de hacer beber por los vasos de concejo.

Los vasos de concejo, que se guardan en el archivo

(1) Contracción de quisieron, muy usada.





LA FAVORITA, cuadro de Conrado Kiesel

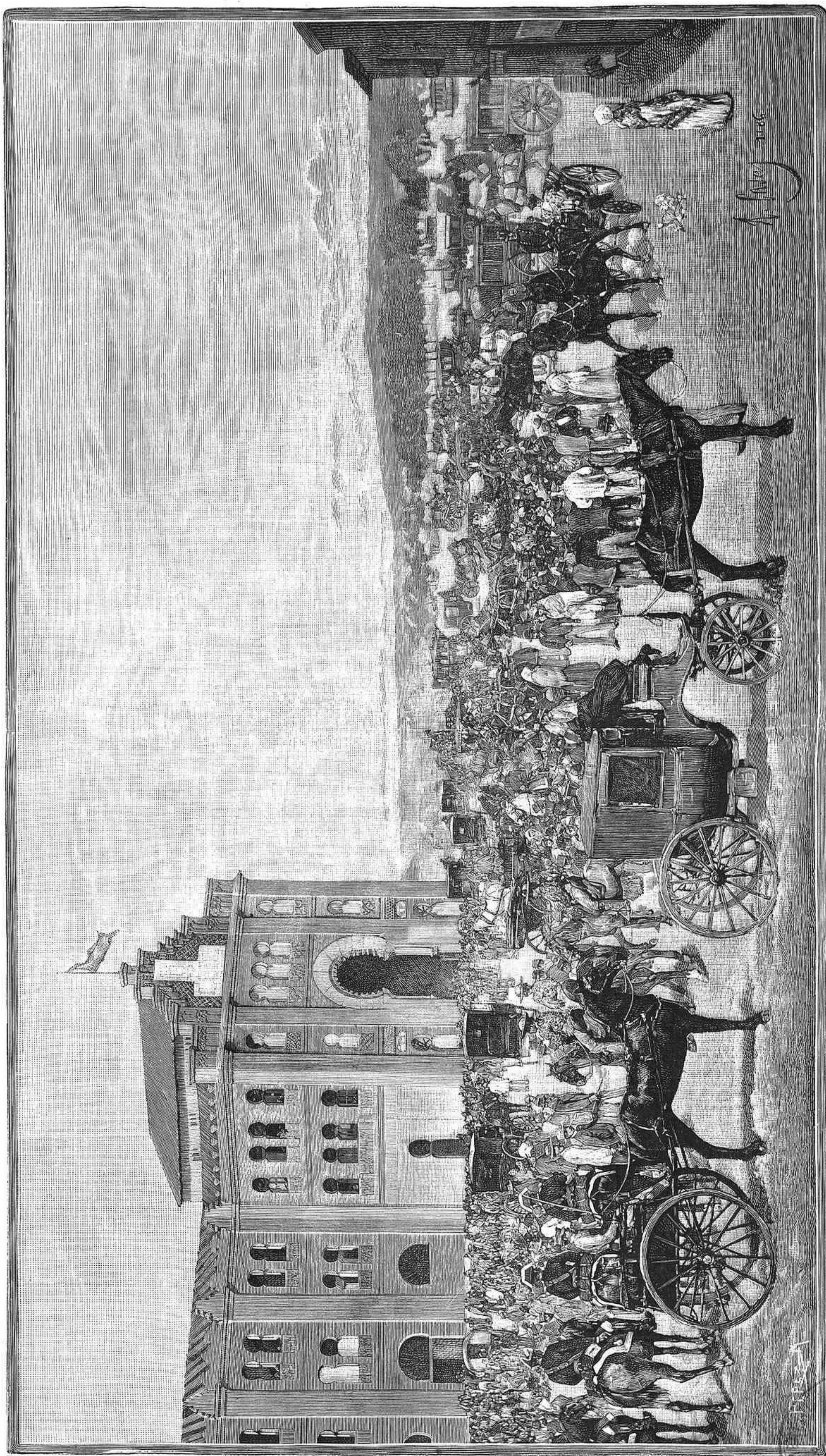






INTERIOR DE UNA CASA ESCOCESA.—MUSICA DE LOS HIGHLANDÉRS. CUADRO DE LANDSEER, PRESENTADO EN LA EXPOSICIÓN DE LA GALERÍA NACIONAL DE LONDRES, GRABADO POR BAUDE





¡A LOS TOROS! cuadro de Ramón Casas, grabado por Pérez







POBRECITA, composición de Jacquet; dibujo de Lalauze

concejil para los convites oficiales, son necesariamente dos y necesariamente de plata. El peso y el tamaño pueden variar, pero no el número ni la materia.

Ni aun la forma, que suele ser siempre la de una taza con dos asas. Así me acuerdo que eran, y serán todavía, los de Pedrosa, dos tazas enormes de plata, de cabida de más de medio cuartillo con una inscripción grabada al rededor, que decía: «Del concejo de la villa de Pedrosa del Rey.»

Me acuerdo, porque en Pedrosa, lo mismo que en Villafraja y Boca de Huérgano, que eran los demás pueblos del tránsito, se repitió el convite y todo el mundo, comenzando por la novia, tenía que probar el vino: no había remedio. Y además había que brindar, aunque no fuera más que *por la buena vista ó por lo dicho*.

Por cierto que la pobre Catalina, como estaba realmente asustada, dijo en una de aquellas ocasiones al coger el vaso en la mano:—¡Jesús! á que Dios les de salud...—y en esto llegó con el vaso á los labios y no concluyó el brindis.

Con todas estas cosas, cuando llegamos á Salio estaba el soñándose.

La justicia nos esperaba también en las eras y hubo otro convite.

En cuanto nos apeamos á la puerta del novio comenzó el baile, que se suspendió luego para cenar y se reanudó después durando hasta cerca de la media noche. Sin perjuicio de lo que habría que bailar á otro día en la tornaboda.

ANTONIO DE VALBUENA

#### ORO ESCONDIDO

Había llegado á la edad en que se piensa en el matrimonio; en que la idea de un marido es una idea constante, enorme, que parece llenar todo el cerebro. A cada momento se espera que llame á la puerta quien ha de pedir la mano de la impaciente soltera. Todo mozo gallardo es un personaje importante en el idilio que la mu-

chacha casadera hace y deshace sin cesar en su fantasía. Un novio es entonces un dios.

Inés acababa de salir del convento, donde estuvo recibiendo educación durante la última época de su adolescencia. Contaba diez y ocho años; era huérfana, y estaba á cargo y bajo la dirección de un tío suyo, hermano de su padre, D. Pedro Barreto, propietario de una gran fábrica de camas de hierro. Era el D. Pedro un hombre que parecía haber reñido con toda cosa que no se relacionara con su industria. Teníala montada siempre con arreglo á los mejores y más modernos inventos. Su sueño era ser el primer fabricante de camas del mundo.

Su sobrina, con todo, ocupaba un lugar no pequeño en su corazón. Habíala tenido en sus brazos, cuando niña; había enjugado sus lágrimas á la muerte de sus padres; y cuidó de ella en su orfandad con un celo, algo rudo quizás, pero de resultados provechosos para la muchacha. El afecto que sentía D. Pedro por Inés no tenía nada, justo es decirlo, del amor egoísta, de miras previsoras é interesadas de un tutor hacia su pupila. En la vida de Barreto, consagrada al trabajo, faltaban las sonrisas y las flores. La compañía de su sobrina ponía á su lado la alegría y el encanto. Esto era todo.

Era viejo, y creía remozarse cuando clavaba su mirada debilitada en los ojos, de un fulgor vivísimo y puro, de Inés. Esta era una joven dotada escasamente de prendas físicas; en cambio poseía esas preciosas cualidades morales, que si no seducen desde luego, forman la mujer seria, de ternuras íntimas, capaz de todos los sacrificios, tesoro inagotable de amor. Su rostro tenía una expresión de bondad suma. Sobraba alma para compensar las faltas de su cuerpo.

En las horas silenciosas del convento, había hecho un estudio profundo de sí misma. Sentía, con una fuerza inmensa, la necesidad de amar y ser amada. Pero no se le ocultaba que el amor nace casi siempre ante el hallazgo de una cara bonita. Ella carecía de esos atractivos repetitivos, que hieren el corazón del hombre como un rayo. Era preciso que la trataran; que quien pretendiera ser su marido fuera un sagaz observador.

Nadie entraba en casa de su tío. La gente que iba á hablar con D. Pedro quedábase abajo, en las oficinas,

y seguramente que conversaría de todo menos de lo que interesaba á Inés. Sólo algunos domingos subía á comer con ellos uno de los empleados de la fábrica, Andrés Suárez, quien tampoco profería otras palabras que no se refirieran á la industria de Barreto. Verdad es que, cuando el servicio de la comida sufría interrupción, en el intervalo de un plato á otro, las miradas de Suárez y de Inés se encontraban, pero sin decirse nada. Cuando bajaban la vista, permanecían callados, como sobrecogidos de una meditación sobre algo inexplicable.

¿En qué pensarían?

No veía Inés en Suárez un mal esposo. Era un muchacho, nacido en cuna modesta; pero criado en medio de una familia donde todo sentimiento bueno era cultivado con esmero. Desde niño había sentido Suárez su pecho ocupado por un corazón que palpitaba con todo afecto noble. Ya hombre, la aridez de su trabajo, la terrible lucha por la existencia, sólo vencida por el heroísmo oscuro de la paciencia, no habían arrancado de su alma las hermosas flores de la primera edad. Podía ser, pues, un excelente marido. No se le había conocido ningún amor pasajero, de esos que brillan y queman un momento, como el paso de un rayo, pero que dejan eternas huellas de remordimientos en la memoria.

La mujer de un hombre así no podía tener celos ni aun de las sombras del pasado.

\* \*

Inés se aburría enormemente en casa de su tío. Su voz no tenía otra voz con que establecer esos diálogos de gozosas intimidades, para los que el alma parece encontrar palabras nuevas. Casi todo el día estaba sola; cortado momentáneamente su aislamiento por alguna criada que entraba en su habitación á pedirle instrucciones caseras, acertada inspiración sobre cualquier faena doméstica, de práctica difícil. Desde su sillita de labor, colocada cerca de la ventana, resolvía la joven los conflictos de la vida del hogar, sometidos á su fallo siempre discreto, siempre atinado, pero traducido en un acento de invencible fastidio.

Muchas veces pensaba, viendo que sus esperanzas de matrimonio caminaban sin llegar nunca á su término, que debía volver al convento. Allí, á lo menos, tenía amigas, distracciones, deberes, tal vez, de penoso cumplimiento, pero que, por lo mismo, ataban las alas á los sueños mundanos. Bien es verdad que allí no podía tener realidad el fantasma del hombre amado, bajo la vigilancia de inflexibles devotas, entre los gruesos muros que rodeaban los patios, detrás de las celosías, desde donde sólo se veían las nubes, en las estrechas celdas, cerradas á todo lo que no fuese cosa divina.

Inés estimaba, — hay que declararlo, — como el mejor don del cielo, un marido. No quería, sin embargo, ser esposa, por vanidad, por afán pecaminoso, por anhelos de libertades mal entendidas. No era para ella el esposo un salvoconducto de la mujer que recorre sola las calles, que asiste al teatro, que concurre al salón, centro deslumbrador de una fiesta. Deseaba únicamente amar y ser amada. Pretensión humilde en la apariencia, pero, en el fondo, de logro difícilísimo.

—Tío, — dijo un día á D. Pedro Barreto; — ¿por qué no me lleva V. á los bailes? Amigos tenemos que nos recibirían con placer en sus salones.

El industrial no contestó inmediatamente á su sobrina. Pensó mucho la respuesta. No adivinaba que entre las vueltas de un vals se pudiera ultimar ningún negocio. Antes, las diversiones del llamado gran mundo le exasperaban, ponían en sus labios frases de reproche. Vamos á ver: ¿de qué sirve aquel girar vertiginoso de parejas, durante las cuatro horas mejores de la noche, deslizándose aéreamente los pies sobre la alfombra, bajo un torrente de luz de bujías, de reflejos de lunas venecianas, en medio de un raudal de notas, diablescamente enlazadas, moviendo los cuerpos en compases de delirio, en marchas de locura? Afortunadamente en las recepciones hay también, fuera de la sala de baile por donde revolotea con sus alas de mariposa la juventud, deliciosos rincones en que la vejez pasa agradablemente el tiempo. Don Pedro encontró en el whist su salvación. Mientras danzaba Inés, él jugaría. Después de todo, en el juego es posible obtener ganancias, aumentos de capital; hasta allí puede prolongarse una industria.

Consintió, pues, el viejo en la petición de la muchacha.

Inés fué presentada en casa de una marquesa de reciente alcurnia, propietaria de inmensas dehesas, de dilatados bosques, cuya leña, convertida en carbón, había llegado, después de largo y encarnizado trajín, á dorar un título nobiliario. En el hotel de esta dama dábanse cita los pollos y señoritos á caza de dote. La música de los violines sonaba á trompeteo de órgano; las flores olían á incienso; los cupidillos de los frescos del techo parecían ángeles. A cada momento se esperaba ver salir un sacerdote echando bendiciones. Era aquello como una sucursal de la Vicaría.

También allí empezó á aburrirse hasta el bostezo la sobrina del fabricante de camas. Como no se había presentado en forma de una imagen de altar, rodeada de una aureola de riqueza, parecía como excluida de aquella bolsa de matrimonio. No escogió galas para adornar su modestísima persona. Así nadie la sacaba á bailar. Sólo en las cuadrillas era invitada, por cortesía, para llenar un hueco con su figura. Estaba furiosa. El baile había sido su tribunal supremo. Evidentemente se hallaba condenada á soltería perpetua.

En esto, presentóse una noche en el hotel Andrés Suárez.

¿Qué es lo que tocaba la orquesta?

Una polca.

—Inés, ¿quiere V. bailarla? — dijo Suárez á la sobrina de Barreto.

La joven dijo que sí; que sí dijo también en el vals siguiente, y en la polca que vino luego, y en todos los bailes que formaban el programa.

¡Gracias á Dios! Por lo visto, Inés no era ya la pareja de la cortesía. El amor más tenaz, más invariable, le había ceñido del talle, hablale dicho palabras, de esas que sólo se confían al oído, al son de las armoniosas inspiraciones de Metra.

\*\*

El matrimonio de Inés y Suárez se verificó un sábado. No hubo viaje de recreo. El empleado de la fábrica de camas no tenía ahorros que compraran ocho días de fonda en Granada.

Al lunes siguiente, á las siete de la mañana, se levantaba el marido arrancándose con la pesadumbre que podréis figuraros, de los brazos de su nueva esposa.

Se disponía á bajar á la oficina de casa de Barreto. El tío habíase opuesto á aquel enlace; pero cedió ante la firmeza férrea de Inés. Estaba decidido, pues, á ser intolerante con su pariente y subordinado.

—¿A dónde vas? — preguntó á Suárez su mujer.

—¡Al trabajo! — respondió él tristemente. — No hay otro remedio. Somos pobres. Y ahora tengo precisión de doblar mis esfuerzos; estoy casado.

—¡Bah! no te apures. Yo nada necesito, — le dijo Inés con acento misterioso y dulce.

—¿Cómo?

—Sí; poseo millón y medio. No quería decirte nada, porque deseaba saber positivamente que era amada. Estoy cierta de ello. Sé que mi maridito me adora. Ahora puedo premiar su sacrificio, sin temor de recoger ingratitude. ¿No es verdad que me perdonas?

Andrés creyó que estaba loca su mujer. Pero, en fin, se convenció de que era una verdad agradabilísima y cierta la revelación de Inés.

Aquella mujer había tenido secreta su fortuna, sin pensar en su valor propio. Pero ella misma, ¿no era también oro escondido?

JOSÉ DE SILES

EL PRIMER AMIGO

— Calla, hombre, calla, — me dijo Paco, — oye lo que á mí me ha sucedido:

Embozado hasta los ojos y á buen paso volvía no ha muchas noches de una de las casas de la calle de Alfonso XII, y atravesando el desierto salón del Prado me dirigía á la de las Huertas. Grande era el frío que á las dos de la madrugada se sentía por aquellos sitios, pero aun era mayor el recelo que me causaba lo solitario y oscuro de los paseos que iba cruzando; así que bajando un poco el embozo y con el revólver en la mano volvía á menudo la cabeza para asegurarme de que no eran sino ecos de mis pasos los que á mi espalda oía, ni otra cosa que sombras de árboles los bultos que por los lados llamaban mi atención. Convencido de esto, y riéndose mi valor de mi pasado miedo apenas se convencía de que no era fundado, ví clara y distintamente un bulto que cruzaba deprisa dos paseos y se quedaba oculto detrás de un árbol por cuyo lado, siguiendo mi camino derecho, tenía yo que pasar. Tomó el desquite mi miedo de mi valor, monté el gatillo del revólver maquinalmente y me detuve dudando si volver pies atrás, tomar otra dirección ó seguir mi camino. Pronto me resolví á continuar; la parte que me restaba andar hasta llegar á la entrada de la calle de las Huertas, era la más corta; quizás volviendo á desandar lo andado, encontraría más peligros hasta llegar á la carrera de San Jerónimo, y después de todo, llevaba un arma, iba prevenido y si el bulto aquel trataba de salirme al paso, no era posible una sorpresa. Los rateros son cobardes, me decía; no cogiendo la acción que impide al acometido toda defensa son hombres perdidos y hasta puede muy bien no ser ratero el bulto que me preocupa. Todas estas consideraciones me decidieron á seguir aún más deprisa mi camino, y más que todas ellas el deseo de encontrarme cuanto antes en una calle donde se viera lo más cerca posible el farolillo de un sereno. Ya iba á llegar al árbol, detrás del cual se ocultara el bulto misterioso, y saqué el arma por debajo de la capa tan á buen tiempo, que en aquel momento mismo saltaba al medio del paseo un hombre que, navaja en mano, me dijo con acento imperioso: — Alto.

— Atrás, ó hago fuego, — grité yo apuntándole sin tenerme, cuando el hombre, arrojando al suelo la navaja, cayó de rodillas diciéndome: — ¡No... no tire V., por Dios!... — Ignoro lo que hubiera pasado por mí si aquel hombre me hubiera acometido y le hubiera hecho fuego; pero al verle en aquella situación y oír su voz angustiada, sentí un verdadero espanto ante la idea de que, como era muy fácil, hubiese salido el tiro al apuntar precipitadamente, y sin pensar en que aquello pudiera ser una añaga para sorprenderme, volví á poner el arma en el seguro, me acerqué á él y le cogí de un brazo. — Señorito Paco, — me dijo asombrado al verme de cerca; y los dos instintivamente nos dirigimos al farol más próximo mirándonos curiosamente: — ¿No me conoce V.? — añadió. —



ROSAS, cuadro de H. Lengo (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)

¿No recuerda V. á Julián, el hijo de la Alfonsa? — Le recordé en efecto.

Aquel hombre á quien después de muchos años de no haberle visto, encontraba en mi camino hecho un bandido, aquel hombre cuyo saludo era una agresión y á quien iba á responder con un balazo, había sido mi primer amigo. Hijo de una fiel criada de mi madre que estaba de portera en mi casa cuando yo nací, tenía cuatro años más que yo y era de todos los niños que yo conocía en mi infancia, aquel con quien más á menudo estaba y con quien más á gusto jugaba siempre. Y si en la primera edad me encantaba su amistad, como encanta á todo chico, sin darse cuenta de ello, mandar en un amigo que se subordina á todos sus caprichos, aun más me complacía á medida que los cuatro años de diferencia de nuestras respectivas edades marcaban mayor distancia. Poca es la que media entre un niño de siete y otro de once años, pero entre uno de doce y un joven de diez y seis... ya es otra cosa. ¡Codearme con un hombrecillo que anda solo por esos mundos y fuma y sabe una porción de cosas de los hombres y de las mujeres! Gracias á él, que era ya un mocito, pude conseguir de mi madre que me acompañara al colegio, en lugar de la criada que, fiel á la maternal consigna, se empeñaba en llevarme de la mano hasta la puerta de la clase con gran regocijo de mis condiscípulos y vergüenza mía: gracias á él fumé el primer cigarro de tabaco, renunciando desde entonces á los de espliego envuelto en papel de periódico: gracias á él falté al colegio, sin que supieran nada en casa, el día que ajusticiaron á la Bernaola: con él entré en las cuadradas del circo de Price y ví los clowns de cerca y las Miss cargadas de colorete y ligeras de ropa: con él... ¡Pobre Julián! allí estaba... macilento de rostro, desastrado de ropa, asaltando al primero que pasaba, como ladrón que era y asesino quizás.

Si el día que llorando me despedí de él para ingresar en San Fernando en la escuela de guardias marinas, me hubieran dicho que en diez y seis años no había de verlo, y después de olvidarle completamente habría de reconocerle en semejante ocasión, no hubiera podido creerlo. Todo esto pasó por mi imaginación en menos tiempo del que gasto en contártelo, y con mal humor le dije:

— ¿Cómo he de reconocer al hijo de una familia

honrada, en un ladrón que me asalta traidoramente?

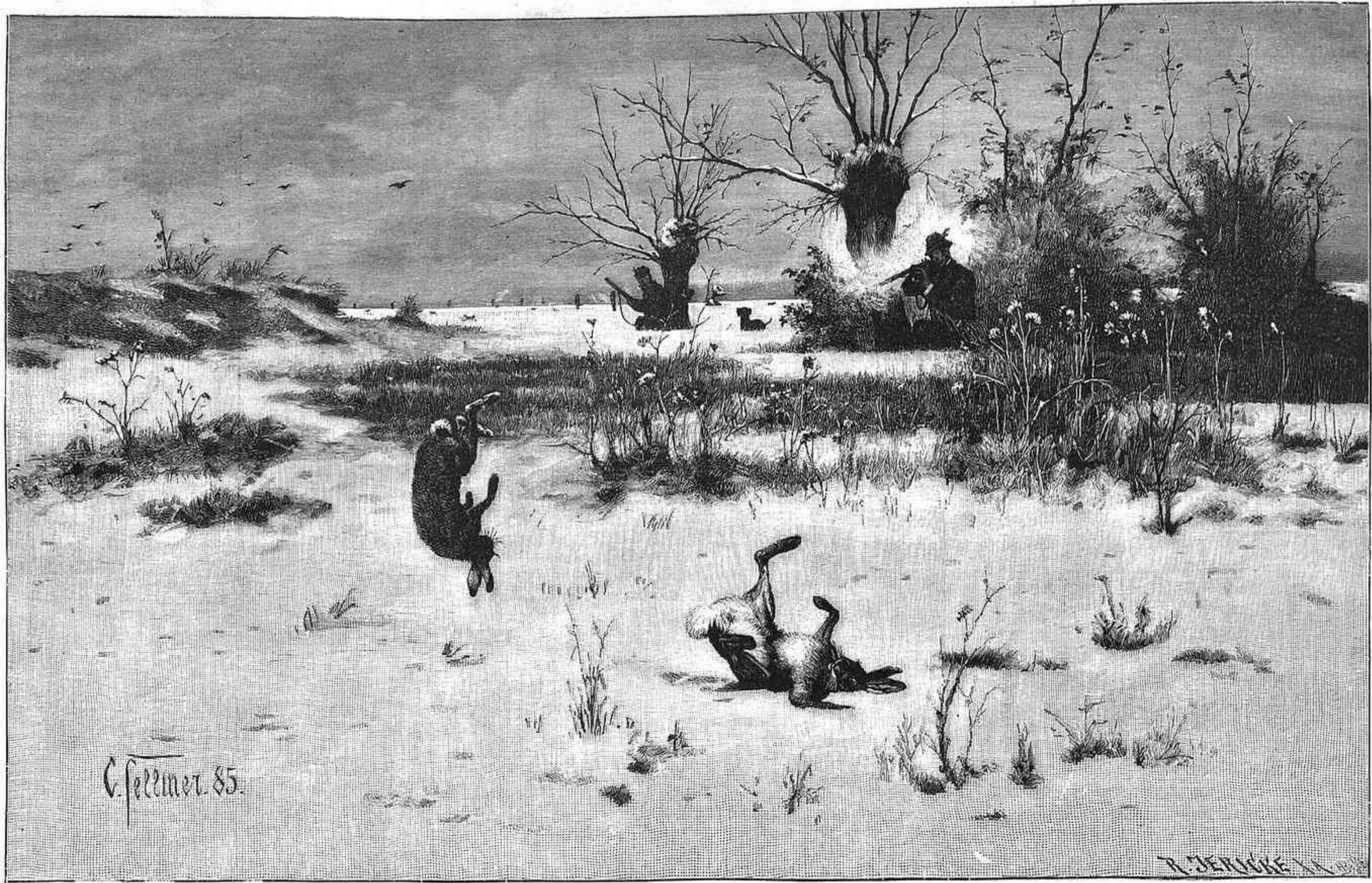
— No, — replicó vivamente con lágrimas en los ojos, — ¡ladrón no! Soy un pobre... que...

— Basta de farsa, — le dije, — los pobres no detienen navaja en mano ni...

— Calla, — me dijo tuteándome como cuando éramos niños, — calla, Paco, tú no entiendes de eso. ¿Has pedido alguna vez limosna?...

Era tal su acento y tal la expresión de su semblante, que imaginé que más que con un criminal había de haberme hablado con un demente; así que, dejando el tono que parecía exasperarle, le dije con algún afecto: — No disputemos por eso, y vámonos de aquí, que hace un frío horrible. ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo?... — Julián rompió á llorar y me besó las manos. — Andando, — le dije, — algún café habrá abierto y tomarás lo que quieras. — No, — me contestó el pobre, — no podemos ir juntos á un café, tu traje y el mío no hacen buena pareja, y cualquiera que te viera con un... con un perdido, te criticaría. Mejor es que vayamos al sotanillo. Allí no choca nada. — Sea donde quieras, — le dije, — pero apretemos el paso que está helando.

Por el camino fué contándome la historia de sus desventuras, y á la verdad que no eran éstas de las que por lo peregrino sorprenden ni por lo dramático conmueven: carecían de situaciones y de efectos hasta tal punto, que si de su historia se intentara hacer un melodrama, difícilmente se encontraría un buen final de segundo acto. Mi pobre amigo era desdichado hasta tal extremo que sus desgracias y angustias eran vulgares; de esas que á cualquiera le pasan y por lo mismo á nadie le importan. Había caído soldado, como les sucede á muchos; le tocó la suerte, que así la llaman, de ir al ejército de Cuba, hizo la campaña, volvió enfermo y le quedaron á deber sus alcances, cosas que á miles de hombres les han pasado. Se casó, y al nacer su primera y única hija se murió su mujer de sobrepeso, como es muy frecuente; solicitó de una piadosa Hermandad la lactancia de limosna para la recién nacida y ésta tenía que esperar para mamar á que hubiera una vacante, como es natural y lógico. Le habían ofrecido una plaza de vigilante de consumos para cuando pasase el período electoral, si salía reelegido D. Fulano; pero no había salido, caso vulgarísimo, y en las obras en que pedía trabajo, estaban despidiendo gente y como no



LA CAZA DE LA LIEBRE, cuadro de C. Sellmer

fuera más adelante... no podían admitir un operario porque como está todo tan paralizado!... He aquí cómo el infeliz llegó de la manera más lógica y sencilla a una situación en que empeñándolo todo comió durante ocho días y pasó otros cuatro empeñándose en comer sin conseguirlo. Entonces pensó en la caridad: hizo memoriales mientras tuvo papel, y todos estaban ya en tramitación, y no pasarían dos meses sin que le dieran algún socorro. Mientras tanto, olvidando que todos opinamos ahora que la verdadera miseria no sale a pedir, sino que se está en su casa, al mismo tiempo ignorando dónde se ha de estar el que no la tiene, decidió a pedir por las ajenas, sin contar con que la vigilancia porteril, si puede ser sorprendida por algún ladrón, que parece un caballero, no lo es seguramente por un mendigo de mala traza, y Julián tuvo que resignarse a pedir en la calle...

Pidió primero sencillamente una limosna; pero ¿quién da a un joven que no es ciego ni manco ni cojo? ¿Por qué no trabaja? Las miradas de todos y aun las palabras de algunos se lo hicieron comprender y entonces añadía al pedir, que estaba sin trabajo... ¡Sin trabajo! lo que dicen todos los que piden con las manos callosas y la cara sucia!... Añadía que llevaba cuatro días sin comer como si esto tuviese algo de particular ahora que hay Succis y Merlatis que se pasan cuarenta de la misma manera. Apenas hay diferencia entre el que ayuna por capricho rodeado de médicos que telegrafían a todo el orbe el estado del excéntrico aficionado al hambre, y el que ayuna por necesidad. Treinta y tres horas pidió Julián en vano, y al cabo de ellas tropezó con un caballero que salía de casa Lardhy, y al escuchar su petición se detuvo y metió la mano en el bolsillo del chaleco... A la luz del farol brilló en la palma de su mano derecha enguantada de negro un montón de plata, dos dedos de su mano izquierda escarbaron en ella y moviendo disgustado la cabeza murmuró el caballero:—Otra vez será. ¡No llevo suelto!

Y era verdad: aquel señor no llevaba bastante poco para dar una limosna; porque una propina se puede dar en plata, pero una limosna, ¡qué demonio! no se parece en nada a una propina.

Mohino y cabizbajo además se retiraba Julián del centro de Madrid para buscar en sus afueras una cobacha donde pasar la noche, cuando tropezó con un objeto que brillaba en el lodo: era una navaja... perdida ó abandonada por su dueño, ¡vaya V. a saber por qué! Se apoderó de ella y le ocurrió una idea que se apresuró a poner en práctica. Un caballero cruzaba la ronda de Recoletos en aquel instante; fuése a él, le dió el alto mostrando el arma terrible en son de amenaza, y el caballero, sorprendido, se rindió a discreción. El plan de Julián se había realizado. — Señorito, — le dijo, — tranquilícese V.; no soy un criminal, sino un pobre, no quiero robarle, sino que V. me socorra con lo que quiera. Perdóneme V. el susto, pero sin él no le hubiera V. hecho caso.

— No es eso lo peor, — dijo el señorito con voz de mezzo soprano resfriada, — sino que si V. no me roba la ropa, no llevo un céntimo para darle, porque vengo del *Veloz*, y... regístrame V. si quiere.

— He dicho que no soy ladrón y no robo porque no quiero, — le gritó Julián volviéndole la espalda. El del *Veloz* salió andando con gran velocidad y así que estuvo a

cierta distancia comenzó a llamar al sereno... ¿Era para que abriera la puerta de su casa? ¿Era para denunciar a Julián? Este, en la duda, corrió hacia los paseos y entre las sombras de la arboleda fué andando andando hasta encontrarse frente al Jardín Botánico que es donde al oír mis pasos se decidió a intentar de nuevo su extravagante manera de pedir. Aquí llegaba en la relación de las peripecias de su vida, cuando nos encontramos a la puerta del sotanillo. Confieso mi debilidad, no tuve valor para entrar de frac y corbata blanca en aquel *tabernáculo*; así que, dando a Julián una peseta que llevaba, le cité para el día siguiente en mi casa, y tomando de prisa la calle de Atocha llegué al Círculo, cuando ya mis amigos se retiraban. Para explicarles la causa de mi tardanza y con aquella complacencia con que se cuenta una aventura propia, por insignificante que sea, referí en la escalera a mis contertulios las penalidades de Julián. ¿Podrás creer que a pesar de ser tan vulgares conmovieron a mis amigos? Con gran sorpresa mía todos se interesaron por él y espontáneamente diéronme para que se los entregara, unos más y otros menos; pero reuniéronse cincuenta reales... y uno de ellos, editor por más señas, me llamó aparte y me dijo: — Hombre, hágame V. de eso una novelita corta. Una sencilla narración, ¿eh? Una historia vulgar. Hágame la V. pronto y le daré 25 duros.



Fig. 1. — El langostín-sifón

no menos fácil y curioso. Consiste en cortar una manzana, envuelta en un pañuelo, sin cortar el pañuelo.

La manzana está contenida en un pañuelo y colgada de un cordón como indica la figura 2.<sup>a</sup> y en tal estado, se le da un golpe vigoroso y rápido con un sable ó cuchillo de gran tamaño. Conviene que el corte de la hoja no esté

Ya ves, chico, cómo la desgracia por vulgar que sea interesa siempre cuando es verdadera; sólo que en muchos casos como en éste valen las humanas desdichas cincuenta reales para el que las sufre y quinientos para el que las cuenta!

CARLOS LUIS DE CUENCA

#### FÍSICA SIN APARATOS

En esta época de viajes recreativos a la orilla del mar, parecén oportuno explicar la manera de hacer un sifón con un simple langostín ó cangrejo de mar.

No hay más que tomar una copa, llenarla de agua y colgar de su borde un cangrejo como indica la figura 1.<sup>a</sup>. La aleta que hay al extremo del abdomen ha de hundirse todo lo posible en el líquido y es preciso recortar las puntas de las antenas mayores para que no toquen al plato en que se asienta la copa.

Apenas está el langostín enganchado al borde de la copa, cuando comienzan a formarse al extremo de las antenas diminutas gotas de agua, que poco a poco vienen a constituir un hilo ó delgado chorro cuya duración responde a la inmersión de la aleta.

Aparte esto, he aquí un experimento sobre la inercia,

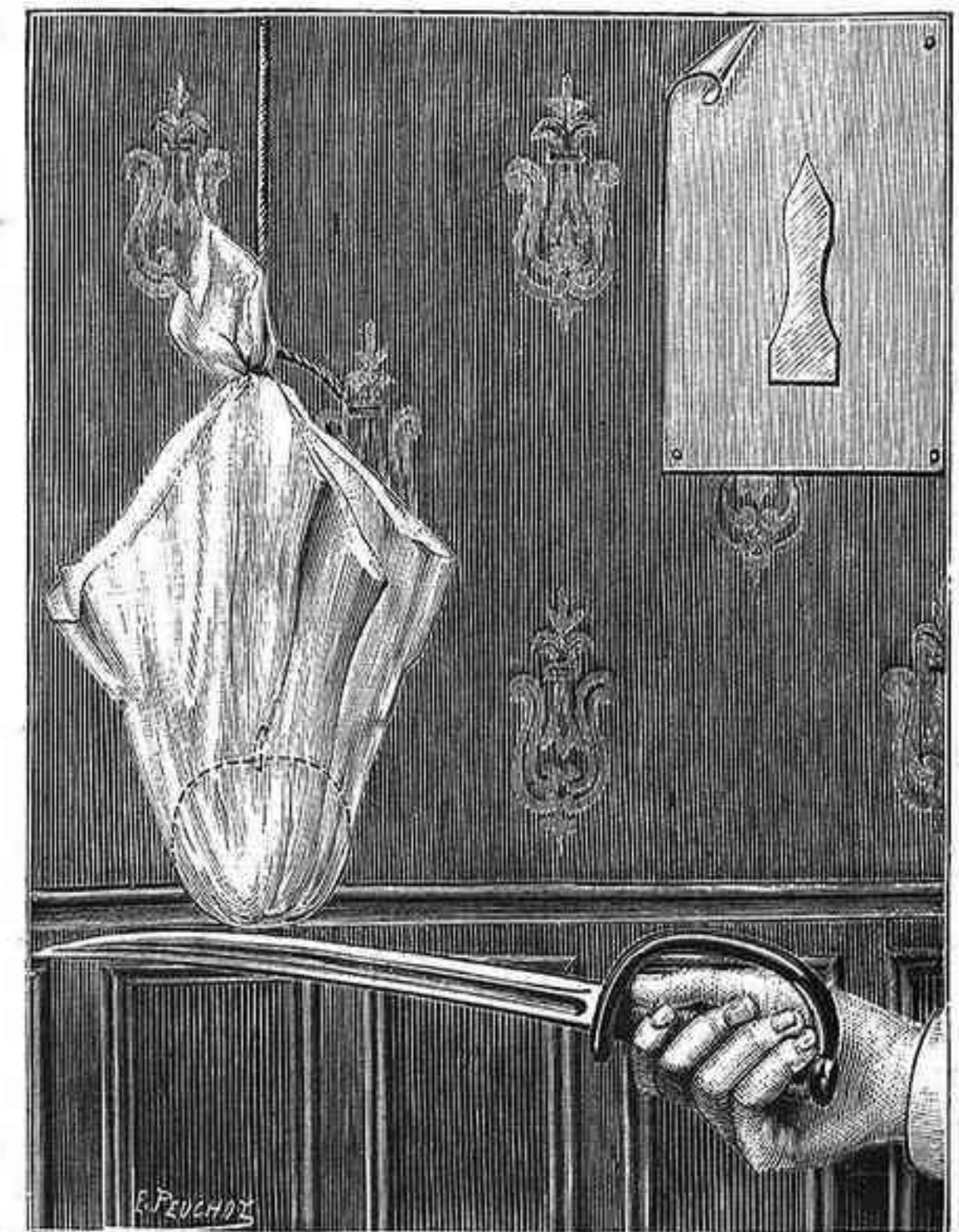


Fig. 2. — Experimento sobre la inercia

muy afilado, pero cuanto más fina sea la hoja mejor será el éxito que se obtenga. Ha de cuidarse también de dar el golpe limpio, ó sea sin serrar y perpendicularmente al punto de suspensión. De esta manera la manzana salta ligeramente y el pañuelo entra en la hendidura con la hoja sin lesión ninguna.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN